

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/11-cesares-y-cristianos/>

12.LA HISTORIA DE BRITANIA <https://ideaswaldorf.com/12-la-historia-de-britania/>

6º

Las edades de piedra

La época de los romanos tuvo lugar hace unos dos mil años.

Si de padres a hijos calculamos unos treinta años para el paso de una generación a otra, dos mil años representarían unas setenta generaciones. Pero queremos retroceder aún más, a unos diez mil años, a más de trescientas generaciones.

Si retrocedemos a períodos tan remotos, de trescientas generaciones, llegamos a una época en que nuestros antecesores no vivían en Gran Bretaña: era la época de la Atlántida. Y las Islas Británicas estaban cubiertas de hielo, era la Era Glacial.

Pero el clima fue calentándose y el hielo empezó a fundirse.

Las semillas traídas por el viento desde tierras más cálidas pudieron germinar y empezaron a crecer las plantas y los árboles.

Poco a poco fueron creciendo enormes bosques y todo tipo de animales y aves vinieron desde tierras más cálidas en el sur. Eran animales todavía muy distintos de los que podemos ver hoy en día: había, ciervos mucho más grandes que los de hoy, osos gigantescos, caballos salvajes lanudos, una especie de elefantes con piel muy peluda, llamados mamuts, e incluso una especie de tigre de piel muy gruesa.

En aquella época, hacia finales de la Era Glacial, Gran Bretaña todavía no estaba separada del continente por el Canal de la Mancha. Todavía estaba conectada con el continente, permitiendo que estos animales y las personas migraran hasta allí.

Esos hombres y mujeres iban vestidos con pieles de animal unidas por correas, y ni siquiera construían casas, sino que se refugiaban en cuevas.

Pero ya dominaban dos grandes artes. Por un lado, usaban el fuego para cocinar; sabían cómo encender yesca –como el musgo seco– con chispas que producían con piedras de pedernal y, por otro lado, sabían cómo hacer utensilios y armas de pedernal.

Pero esas primeras armas y utensilios de piedra eran muy primitivos; una piedra pesada, afilada y atada a un palo se convertía en un hacha.

El pedernal era golpeado con otra piedra hasta que se conseguía que tuviera cantos afilados y un extremo puntiagudo que podía usarse como punta de lanza, de flecha o como cuchillo.

A esa época se le llama la Edad de Piedra, la época en que la gente solamente tenía utensilios y armas de piedra.

Con esas armas primitivas se cazaban grandes bestias, osos, tigres, mamuts, ciervos y búfalos. Los cazadores de la Edad de Piedra tenían un maravilloso sentido de la belleza.

Con sus piedras afiladas grababan pinturas de animales sobre huesos y con tierra roja pintaban animales en las paredes de las cuevas.

En Gran Bretaña no han quedado pinturas de ese tipo, pero en el sur de Francia existen las famosas cuevas de Lascaux, y en el norte de España las de Altamira en el norte. En esas cuevas, las paredes están cubiertas de maravillosas pinturas, casi vivas, de bisontes y caballos salvajes.

En realidad, existen dos Edades de Piedra. A la primera se la llama Paleolítico —del griego “paleos”, *antiguo*, y “lithos”, *piedra*—, que es la que acabamos de describir.

Y luego hubo el Neolítico —“neo”, nuevo—, la edad de piedra moderna.

Después de unos dos o tres mil años, no lo sabemos con exactitud, llegaron nuevos pueblos a las islas británicas, posiblemente de lo que hoy es Turquía y Persia. Y trajeron consigo nuevas artes y habilidades. La nueva edad de piedra, el Neolítico, comienza con esa gente. Tenían mucho mayor habilidad en hacer sus armas y utensilios, que se pulían y afilaban frotándolos con arena mojada.

Ya no vivían en cuevas, sino que excavaban pozos en la tierra que rodeaban con paredes de tierra, con un techo de ramas sostenido por un poste de madera.

Pero el logro más importante de la nueva edad de piedra fue que plantaban semillas de trigo, cebada y avena en campos cercanos a sus viviendas, y cosechaban el grano cuando estaba maduro.

Ese fue el comienzo de la agricultura. El neolítico es también la época de la cultura Proto-persa, cuando empezó la agricultura.

Era todavía una agricultura muy primitiva: las semillas eran esparcidas en la tierra y cuando las ovejas las pisaban las iban metiendo en la tierra.

La trilla se hacía con varas o con bueyes que caminaban sobre las espigas de trigo. Y luego los granos eran molidos entre dos piedras.

Ya no se vestían con pieles de animales; en sus campos hacían crecer el lino. Las fibras de esta planta eran retorcidas de una manera que se convertían en hilos, y los hilos eran tejidos en telares manuales haciendo con ello una tela rugosa. La gente del Neolítico llevaba ropas de lino.

Otra de las artes de la gente del Neolítico consistió en hacer vasijas, recipientes y jarros de barro, que luego endurecían cociéndolos al fuego.

La gente del Paleolítico todavía eran cazadores, pero la del Neolítico eran agricultores sedentarios que tenían nuevas artes y habilidades.

La edad del bronce

En el Neolítico, la nueva edad de piedra, se produjo un gran cambio con la gente que trajo las nuevas artes y habilidades que poseían en la antigua Proto-persa.

Otro de los cambios que se produjo fue la manera en que la gente trabajaba.

Durante el Paleolítico, la antigua edad de piedra, cada persona tenía que hacerlo todo para sí misma y su familia: desollaba los animales y convertía esas pieles en vestidos para ellos mismos y su familia.

Pero en el Neolítico había tantas cosas que hacer —plantar, arar y cosechar; construir, hacer canoas y redes para pescar; cuidar de los rebaños y ordeñar las vacas; tejer, hilar y

hacer recipientes de cerámica— que una sola persona o una familia sola no podía hacer todas esas labores. De modo que la gente dividió el trabajo entre las personas: unos harían utensilios de piedra y se convirtieron en verdaderos expertos, otros cazarían y pescarían, otros construirían y otros hilarían y tejerían.

Y el hombre que hacía herramientas de piedra cambiaría sus puntas de lanza y cuchillos por la comida traída por el cazador o producida por el agricultor.

Ese fue el inicio del comercio.

La “división del trabajo” fue un cambio muy importante que continúa hasta hoy en día a un nivel mucho más extendido.

Esa división del trabajo empezó en el Neolítico que fue también la época de la cultura Proto-persa. En realidad, es el comienzo de la civilización, pues la división del trabajo lleva hacia el comercio.

Donde quiera que existiera una comunidad de personas neolíticas existían entre ellos grupos de personas que eran muy respetadas y reverenciadas. Eran los sacerdotes, personas sabias, porque eran médicos que conocían hierbas y ungüentos para todas las enfermedades, eran los legisladores que ponían paz en los litigios entre la gente, y sabían cómo el sol, la luna y las estrellas cambian su posición en el curso del año.

Toda siembra, plantación y cosecha se realizaba cuando los sacerdotes determinaban el momento adecuado del sol, la luna y las estrellas. La suya era una especie de ciencia-religión.

Bajo la guía de esos sacerdotes sabios se hacían también sepulcros especiales para los muertos: dos o tres grandes bloques de piedra se colocaban en posición vertical y luego se ponía una gran piedra plana encima de ellos. El muerto era colocado dentro, junto con sus posesiones: armas, ornamentos, recipientes de barro. Luego todo era cubierto con tierra, formando un montículo de tierra llamado túmulo.

Se han encontrado muchos de esos túmulos en Gran Bretaña y se ha aprendido mucho sobre el modo de vida de esa gente a partir de las armas y otros utensilios descubiertos en ellos.

Bajo la guía de estos sacerdotes se hacían cosas aún mayores. Todas las cosas en la vida eran reguladas por los sacerdotes de acuerdo con la posición del sol, la luna y las estrellas, no sólo la siembra de semillas en los campos.

Había el momento preciso para construir una casa, o el momento adecuado para celebrar un casamiento.

Esas gentes querían recibir la bendición del sol, la luna y las estrellas en todas las cosas que hacían, y por eso les era muy importante observar cómo los astros variaban su posición en el cielo en el transcurso del año.

Para ayudar a los sacerdotes a observar esos cambios, la gente del Neolítico construía círculos de piedras erguidas. Se situaban en medio del círculo a la hora de la salida del sol y entonces podían ver cómo, día tras día, el lugar por donde salía el sol cambiaba de una piedra a otra.

Y se podían percibir los mismos cambios en la luna y ciertos grupos de estrellas.

El más grande de estos círculos de piedras que todavía podemos ver hoy en Gran Bretaña es el de Stonehenge, en el llano de Amesbury, al sur de Inglaterra.

La gente del Neolítico ya no eran nómadas y cazadores —como lo habían sido en la Edad de Piedra antigua—, tenían casas, campos y rebaños, confeccionaban vestidos y cerámica, y miraban al sol, la luna y las estrellas para orientarse en todos sus quehaceres en la Tierra.

La intención era que la sabiduría divina que guía los movimientos de los astros en el cielo también guiara sus actividades en la Tierra. Y para ello construían grandes círculos de piedra como los de Stonehenge.

Cuando se construyó Stonehenge, el clima y las condiciones generales en Gran Bretaña habían cambiado mucho.

Se había hecho todo mucho más cálido, los grandes animales como mamuts, bisontes, el oso gigante, y los enormes alces habían desaparecido. Y aunque había extensos bosques llenos de lobos, zorros y ciervos, ya había muchos asentamientos humanos, grandes y pequeños, por toda Gran Bretaña.

Por otra parte, el nivel del mar había subido y Gran Bretaña había quedado aislada del Continente. Pero entonces se produjo la invasión de otros pueblos que atravesaron el canal: **los celtas**. También vinieron del sudeste; se cree que originariamente vivían alrededor del mar Caspio, en la región conocida como Galatia, antes de emigrar hacia el norte.

Algunos de ellos se establecieron en Europa Central, otros en Francia, pero muchos otros siguieron su camino y llegaron a Gran Bretaña, hace unos cuatro mil años.

La época en que los celtas llegaron a Gran Bretaña coincide con la época en que florecía la civilización egipcia con sus pirámides, jeroglíficos y momias.

Los celtas trajeron consigo algo totalmente nuevo: sus armas e instrumentos hechos de bronce, ya no de piedra.

El arte de trabajar el bronce había sido inventado en Egipto. Los sacerdotes egipcios habían mostrado a su gente que si las rocas que tenían vetas de cobre —es decir menas metalíferas de cobre— eran colocadas sobre un fuego muy caliente, el cobre se fundía y se colaba hasta el fondo del horno.

Entonces tomaban ese cobre, lo volvían a calentar, y lo colaban en moldes para darle diversas formas: puntas de lanza, de flecha, espadas, cuchillos.

Pero el cobre por sí mismo era muy blando para hacer instrumentos cortantes y útiles, y por eso se le añadía una pequeña cantidad de otro metal, el estaño. Y a esa mezcla o aleación más fuerte y más dura de cobre y estaño se la conoce con el nombre de bronce.

El invento egipcio se expandió por otras partes del mundo, y los celtas aprendieron también el arte de extraer cobre de las vetas en las rocas y a fundirlo junto al estaño para colarlo en moldes que tenían la forma de espadas, cabezas de lanza o diversos ornamentos.

A los celtas les encantaba decorar sus armas y especialmente sus escudos de bronce; realizaban los más intrincados diseños espirales sobre los escudos, cascos y fundas de espadas.

Con la llegada de los celtas finalizó la Edad de Piedra y empezó la Edad del Bronce.

Como quiera que los celtas tenían armas de bronce, que eran mejores que las de la gente del neolítico, los celtas se convirtieron en los dueños de Gran Bretaña.

Pero los lugares sagrados de los pueblos de la Edad de Piedra, los círculos de piedra donde se podían observar los movimientos del sol, la luna y las estrellas, siguieron siendo lugares sagrados para los celtas.

La edad del hierro

Veamos ahora cómo se corresponden las civilizaciones proto-india, proto-persa, etc., con las “edades”.

Edad	civilización	Hace:
Era Glacial	Atlántida _____	10.000 años
Paleolítico	Proto-india _____	8.000 años
Neolítico	Proto-persa _____	6.000 años
Edad de Bronce	Egipto/Babilonia _____	4.000 años
	Grecia y Roma _____	2.000 años

¿Cuál es la “**edad**” que se corresponde con las épocas de antigua Grecia y antigua Roma?

En las Islas Británicas la era del bronce se inauguró con la llegada de los celtas que tenían ojos grises y cabello rubio o castaño, y que trajeron consigo armas e instrumentos de bronce.

Eran grandes artistas y decoraban sus escudos y espadas con bellos ornamentos espirales. Esa edad del bronce duró cerca de dos mil años.

Unos quinientos años antes de Cristo, nuevos invasores cruzaron el mar. También eran celtas, pero tenían ojos azules y cabello rojo.

Ahora, sus sacerdotes, los druidas, observaban el curso de las luminarias en los cielos y guiaban a la gente en su vida y en su trabajo de acuerdo con lo observado.

Esos nuevos celtas, que vinieron en la época en que apareció la civilización griega y después la romana, habían aprendido el uso de un nuevo metal, el hierro, para sus instrumentos y armas.

La época de Grecia y Roma, la época en que los celtas pelirrojos llegaron a Gran Bretaña es la época en que empieza la Edad del Hierro.

Hacer armas de hierro es muy distinto que hacer armas de bronce.

El cobre en el bronce puede fundirse y verterse fácilmente en un molde. Pero el hierro necesitaba mucho más calor para ponerse al rojo y ablandarse lo suficiente para poder darle forma con el martillo, sin verterlo en un molde.

En aquellos remotos días, cuando empezó el uso del hierro, el herrero —que forjaba el hierro al rojo y le daba la forma a martillazos en el yunque mientras volaban chispas

ardientes a su alrededor—, era considerado como una especie de mago que dominaba extraños poderes.

Con la invención de los instrumentos y las armas de hierro la humanidad empezó el largo camino que nos ha llevado hasta los ferrocarriles, automóviles, aviones, y también a los cañones, las escopetas y las bombas.

Por eso, la gente que pensaba que el herrero era una especie de mago, tal vez tenía la sensación de que con el uso del hierro se había puesto en las manos de los hombres un gran poder, para el bien y para el mal.

Los instrumentos y armas de hierro eran mucho más duros que los de bronce. Una espada de hierro era más aguda que una de bronce y duraba mucho más.

Y de ese modo, la gente pronto abandonó el trabajo con el bronce y se dedicó al hierro. Los hermosos escudos y armas de bronce desaparecieron y los instrumentos y armas de hierro que los sustituyeron no eran tan bellos como los de bronce, pero eran mucho más prácticos.

La edad del hierro se preocupó cada vez menos de la belleza y, a medida que pasaba el tiempo, se fue preocupando exclusivamente de la utilidad y de lo práctico. Con la Edad del Hierro se produjo otro gran cambio.

Hasta entonces los bienes se intercambiaban por un sistema de trueque, por ejemplo, se cambiaban telas por jarros de cerámica, o cierta cantidad de grano por un cuchillo.

Pero en esa época, la gente empezó a utilizar dinero, monedas de metal —no dinero de papel, que vendría muchísimo más tarde—.

Al principio usaban pequeñas barras de hierro, pero más tarde descubrieron que las monedas redondas eran más prácticas, y se usaron monedas de oro, plata y cobre para comprar y vender cosas.

La Edad del Hierro, pues, es también la edad del dinero.

En las islas británicas fueron los celtas los primeros que usaron el bronce y el hierro. Los celtas eran un pueblo fieramente independiente, orgulloso y belicoso. Igual que los griegos, nunca estuvieron unidos en una nación, y las tribus se peleaban constantemente entre sí. Cada tribu construía un fuerte en la cima de una colina, con zanjas y terraplenes, desde donde podían ver a los enemigos que se aproximaban desde lejos y que era difícil de atacar.

Todavía pueden verse restos de esos fuertes celtas sobre las colinas, construidos en la Edad del Hierro. Fueron esas constantes rencillas entre las tribus celtas las que ayudaron a los romanos a conquistar Britania cuando llegaron.

Cuando en el año 54 a. de C. Julio César desembarcó en Britania, no estuvo mucho tiempo, pues tuvo que regresar a la Galia para sofocar una rebelión. Y cuando consiguió sofocarla se dirigió hacia el sur, atravesando el Rubicón, para derrotar a Pompeyo y convertirse en el dueño de Roma.

De modo que, durante un tiempo, los romanos no molestaron a Britania después de esa primera incursión.

Después de Julio César, su sobrino Octavio se convirtió en emperador con el nombre de Julio César Augusto —fue en la época de Julio César Augusto que nació Jesucristo—.

Bajo el reinado de Julio César Augusto, y más tarde de Tiberio, se dejó Britania en paz, sobre todo porque los romanos tenían suficientes problemas luchando contra las tribus germánicas a lo largo del Rin. Pero luego les sucedió Claudio —el padre de Nerón— y fue en esa época que los generales romanos empezaron a planear nuevas conquistas.

Condujeron sus legiones a través del Canal, cerca de cien años después de la primera invasión de Julio César.

Algunas de las tribus celtas en la costa pensaron que era mejor rendirse a los romanos sin luchar y salvar sus vidas y hogares.

Muchos realmente querían ayudar a los romanos contra otras tribus con las que tenían viejas deudas que saldar. Sin embargo, hubo un rey celta, **Caractacus***, que no estaba dispuesto a inclinarse ante los romanos.

Llamó a su gente a luchar, y en una furiosa batalla demostró a los romanos que los britanos estaban preparados para defender su libertad. Pero al final, Caractacus fue vencido, hecho prisionero y miles de britanos murieron en la batalla.

Cargado de cadenas, fue llevado a Roma donde fue paseado por las calles e insultado por la muchedumbre.

Después de ese triunfo fue llevado ante el emperador Claudio, que le dijo:

—*Bárbaro, que vienes de una tierra donde la gente vive en cabañas, ¿has visto el esplendor de nuestros edificios? ¿Te han dado alguna idea de la riqueza y el poder de Roma?*

A lo que respondió Caractacus:

—*“Sí, lo he visto todo. Pero me sorprende que gente que sea tan rica y que vive en casas hechas de mármol venga a nuestro país para robarnos en nuestras cabañas”.*

Claudio gritó:

—*“¿Cómo? ¿Cómo te atreves a hablarme con tanta impertinencia? ¿No sabes que tú puedes morir con una simple palabra mía?”*

Caractacus contestó:

—*“Naturalmente que lo sé. Pero nunca temí a la muerte cuando era rey y era libre. ¿Por qué habría de temerla ahora cuando soy un prisionero encadenado?”*

Claudio lo observó largamente y dijo:

- *“Por Júpiter, tú eres un hombre valiente y yo respeto la valentía.”*

Volviéndose hacia los guardias les ordenó:

—*“Quítenle las cadenas y dejadlo libre”.* Y luego le dijo a Caractacus:

—*“Te devuelvo la libertad. Vuelve en paz a tu país”.*

Y Caractacus respondió:

—*“Y yo respeto a un enemigo noble y generoso, Julio César Claudio. Volveré a Britania y dejaré de luchar contra tus legiones”.*

Cuando Caractacus volvió a Britania vivió hasta el final de sus días en paz con los romanos, que lo trataron con gran respeto. Pero la conquista de Britania siguió adelante. La sed de poder y de conquista que tenía Roma era insaciable.

***Caractacus:** Caudillo de los catuvellani — una tribu o reino celta-belga del sureste de Britania—, hijo del rey Cunobelinus, y principal líder de la resistencia contra la invasión romana de Britania. [n. del pr.]

Boadicea

Caractacus había sido afortunado; había encontrado a un emperador romano que —al menos en esa ocasión— había sido noble y generoso.

Pero no todos los romanos eran así, y muchos britanos aprendieron amargamente que no siempre se podía confiar en los romanos.

Entre las numerosas tribus celtas en Britania había una, la de los **icenos***, cuyos miembros eran famosos como criadores de caballos y como hábiles jinetes y aurigas.

No habían sido conquistados por los romanos porque el rey de su tribu había sido amigo de los romanos desde el principio.

Creía que los romanos serían gente justa que estarían de su lado y esperaba que su tribu permanecería independiente.

Hubo un momento en que el rey se enfermó, se fue debilitando, y supo que iba a morir.

El rey de los icenos no temía la muerte, pero estaba preocupado sobre lo que sucedería con su pueblo cuando él muriera.

Después de su muerte, su esposa reinaría sobre los icenos y el rey quería asegurarse de que los romanos la dejarían en paz.

Cato **Deciano***, el general romano en aquella parte de Britania, había sido siempre un amigo personal del rey; y por eso el rey le pidió al general que se acercara a su lecho de enfermo y le dijo:

—“No voy a vivir mucho, pero quiero asegurarme de que mi esposa, la reina, pueda reinar en paz sobre mi gente cuando yo muera. Ahora, lo que quiero hacer es dar la mitad de mi reino a los romanos si me prometes que mi esposa puede reinar en paz sobre la otra mitad y los romanos no interfieren”.

El general romano Cato Deciano prometió ser fiel a la promesa y la reina no tenía por qué temerle. Así que el rey murió en paz, confiando en su amigo romano Cato Deciano. Después de su muerte, una mitad de su reino pasó a ser regida por los romanos y la otra mitad fue gobernada por la reina viuda, **Boadicea***.

Muy poco después de la muerte del rey, el general romano Cato Deciano envió soldados a la reina Boadicea para exigirle que pagara tributos e impuestos.

La reina Boadicea lo rechazó con orgullo, pero los soldados dijeron:

—“¡Si vosotros los bárbaros no pagáis voluntariamente, nosotros os haremos pagar!”

Y se apoderaron de manadas de caballos y rebaños de reses de los icenos.

La reina Boadicea no podía creer que un general romano rompiera la promesa dada a un moribundo. Así que ella y sus hijas fueron a visitar al general Cato Deciano en el fuerte romano de **Verulamium***, justo al norte de Londres, donde tenía su residencia.

***Icenos o eceni**: Tribu britana que habitó un área de Inglaterra que correspondería a la actual Norfolk, entre los siglos I aC y el siglo I.. [n. del pr.]

***Cato Deciano**: Procurador romano en Britania en 60/ 61. Provocó la rebelión de Boadicea. [n. del pr.]

***Boadicea o Boudica** [significa ‘victoria’]: Reina guerrera de los icenos, durante el mayor levantamiento en Britania contra los romanos (60/61), en tiempos de Nerón. [n. del pr.]

***Verulamium**: Tercera ciudad en importancia durante la ocupación romana de Inglaterra, junto a la actual ciudad de St Albans, Hertfordshire. [n. del pr.]

Y cuando estuvo delante de Cato Deciano le recordó su promesa. Pero Cato Deciano se limitó a reírse de ella y le dijo:

—“Si no tienes cuidado no solamente os cobraré impuestos, sino que me apoderaré de todo tu reino”.

Boadicea respondió:

—“Eres tú quien tendría que tener cuidado de no convertir en enemiga tuya a la reina de un pueblo orgulloso y valiente”.

Eso enojó muchísimo al general Cato Deciano, que gritó:

—“¿Cómo? ¿Te atreves a amenazarme!”

Llamó a sus guardias y, por orden suya, los soldados empezaron a golpear a Boadicea y a sus hijas con las astas de sus lanzas.

Cuando las mujeres quedaron severamente magulladas y heridas, los soldados las arrastraron fuera de las puertas de la ciudadela y las expulsaron de allí.

Boadicea y sus dos hijas lograron llegar a duras penas a su pueblo, el de los icenos.

Y cuando éstos vieron cómo su reina y sus hijas habían sido tratadas tan vergonzosamente, se alzó un salvaje rugido de todos ellos y juraron vengarse del insulto.

Otras tribus celtas habían sufrido también la rudeza, la crueldad y la codicia de los romanos, y reunieron sus fuerzas con los icenos.

Pronto se reunió un gran ejército de feroces guerreros celtas.

Ese ejército no fue dirigido por un hombre, sino por una mujer, la reina Boadicea.

Como un torrente enfurecido, el ejército celta cayó sobre los romanos que fueron tomados por sorpresa.

Los britanos atacaron la fortaleza de Verulamium, donde el general Cato Deciano tenía su cuartel general.

Y el general traicionero murió en la batalla. En ese momento, **Paulinus**, el comandante en jefe de todas las legiones romanas en Britania se hallaba en Gales, luchando contra las feroces tribus galesas con un inmenso ejército romano.

Cuando le llegaron las noticias del levantamiento de los britanos, él y sus legiones abandonaron inmediatamente Gales y volvieron hacia Inglaterra, donde mientras tanto Boadicea y sus guerreros habían atacado incluso la ciudad de Londinium —Londres—.

Los dos ejércitos, el romano bajo las órdenes de Paulinus y el de los britanos dirigidos por Boadicea, chocaron en una furiosa batalla; los britanos se lanzaron una y otra vez con gritos salvajes contra las cerradas filas de los romanos.

Pero los romanos se mantuvieron firmes, escudo junto a escudo, y cuando los britanos acabaron agotándose, las legiones entraron al ataque y al final del día los britanos, después de perder a miles de soldados, cedieron y huyeron. Roma se había apuntado otra victoria.

A reina Boadicea y sus dos hijas lograron escapar del campo de batalla y llegaron a un bosque. Allí la reina les dijo a sus hijas:

**Gaius Suetonius Paulinus: General romano en Britania conocido como el vencedor de la rebelión de Boadicea. [n. del pr.]*

—“Hijas mías, tarde o temprano, los soldados de Roma nos encontrarán, y si lo hacen nos pasearán cargadas de cadenas por las calles de Roma, y luego seremos estranguladas en una prisión romana. Es mucho mejor morir aquí, en el verde bosque en nuestra propia tierra, que morir en un país extranjero en una oscura mazmorra de la mano de crueles carceleros”.

Y ella y sus hijas ingirieron un poderoso veneno que llevaban consigo y murieron juntas.

Hoy en Londres todavía podemos ver una estatua de la reina Boadicea. Está representada conduciendo un carro con dos caballos brincando. Es un monumento en honor a una mujer valiente y noble.

La reina Boadicea fue la última en resistirse al poder de los romanos. Después de su derrota, los romanos extendieron sus posesiones paso a paso, llegando cada vez más al norte.

Cuando una tribu se rendía, los romanos trataban a la gente más o menos bien, excepto a los sacerdotes, los druidas.

Allí donde estuvieran, los druidas eran asesinados sin misericordia. En Anglesey, en Gales, había un gran centro de saber de los druidas —podríamos decir que era al mismo tiempo un templo sagrado y una universidad para los druidas—.

Los romanos mataron a toda persona que encontraron allí, cientos de druidas, y destruyeron todo el lugar.

Sin los druidas, los britanos pronto adoptaron las costumbres romanas, a los dioses romanos, construyeron casas como las que tenían los romanos, llevaban togas como ellos, e incluso algunos abandonaron su propia lengua y empezaron a hablar latín.

Los britanos ricos enviaban incluso a sus hijos a Roma para ser educados allí.

En el plazo de cien años, Britania, desde el Canal hasta los ríos Tyne y Solway había sido totalmente romanizada.

En el año 130, el emperador **Adriano*** ordenó construir un gran muro de piedra de este a oeste que iba desde la desembocadura del Tyne hasta el estuario del Solway.

Hoy pueden verse todavía restos del muro de Adriano.

El país al norte del muro, **Northumberland*** y Escocia era tan salvaje que los romanos lo dejaron de lado.

En los bosques y colinas de esa tierra salvaje vivían las fieras tribus de los pictos y escoceses que, de vez en cuando, atacaban el muro. Y aunque un poco más tarde, en el año 143, los romanos avanzaron más hacia el norte e incluso construyeron un terraplén, como muro de tierra, entre el estuario del río Forth y el río Clyde —el muro de Antonino— en realidad nunca conquistaron realmente esas tribus que no participaron en la civilización romana del resto de Britania.

**Publio Elio Adriano (76-138): Emperador romano (117- 138). Durante su reinado el Imperio alcanzó la mayor extensión territorial de su historia (125). Destacó por su afición a la filosofía estoica y epicúrea. [n. del pr.]*

**Northumberland: Región de Inglaterra situada en la frontera con Escocia. Perteneciente al Imperio romano y escenario de diversas batallas entre Escocia e Inglaterra. Se le conoce como 'la cuna de la cristiandad' en Inglaterra pues fue en Lindisfarne, una isla al norte de la ciudad de Bamburgo, donde la cristiandad floreció cuando los monjes de Iona llegaron para convertir a los ingleses. [n. del pr.]*

Albano

Verulamium era la fortaleza donde había establecido su residencia Cato Deciano, el traicionero general romano, el lugar donde insultó y ultrajó a la reina Boadicea, lo que luego pagó con su vida.

Pero cien años más tarde, en Verulamium, que estaba a unos cincuenta kilómetros al norte de Londinium —Londres—, no quedaba huella alguna de que hubiera habido guerra entre britanos y romanos.

En aquella época, Verulamium era una pequeña copia de Roma, con un foro, templos romanos, con baños públicos donde se podía escoger entre piscinas de agua caliente, tibia o fría.

Los ciudadanos de Verulamium se parecían a sus antepasados, pero su lenguaje era el latín, y llevaban sus togas con el mismo orgullo que cualquier ciudadano de la misma Roma.

Y si en Roma se establecía alguna moda en los peinados de las damas, no pasaba mucho tiempo en que fuera adoptada por las damas de Verulamium.

Pero no era sólo la moda lo que se extendía desde Roma a Verulamium y todo el resto del Imperio Romano, también se extendían otras cosas.

El gobernador de Verulamium estaba preocupado porque había oído rumores de una peligrosa religión nueva.

Había oído hablar de una gente malvada que se llamaban a sí mismos cristianos y que veneraban a un criminal que había sido crucificado durante el reinado del emperador Tiberio.

El gobernador de Verulamium no había prestado demasiada atención a esos rumores: seguro que esa religión perversa sería erradicada de Roma y no seguiría prosperando.

Pero ahora parecía que, a pesar de los terribles castigos, esa nueva cosa se estaba extendiendo. Había llegado a Britania y había cristianos incluso en Verulamium.

El gobernador pensaba: “No toleraré estas cosas en mi ciudad de Verulamium.” Y le dio órdenes a sus soldados para que buscaran en todas las casas de la ciudad y que cualquiera que admitiera ser cristiano tenía que ser ejecutado.

Y eso, pensaba el gobernador, acabaría de una vez por todas con esa nueva religión perniciosa.

En aquella época vivía en Verulamium un joven britano llamado **Albano***. Pertenece a una familia noble, había sido educado en Roma, e incluso el gobernador de Verulamium lo trataba con respeto.

Albano había sido educado para venerar a los dioses romanos y a él nunca le había preocupado esa nueva religión que, según él, tenía que ser mala, porque había incluso una ley en contra de ella.

Una noche, el joven Albano regresaba de una visita a un amigo, y a medida que se acercaba a su casa vio a un anciano envuelto en una capa oscura y gruesa, acurrucado en la puerta.

**Albano de Verulamium [ingles: Saint Alban]: Santo cristiano, primer mártir de Gran Bretaña. Albano dio refugio a un sacerdote misionero cristiano perseguido por el emperador romano Diocleciano. [n. del pr.]*

Albano era un joven generoso y de buen corazón; sintió que era su deber darle comida y cobijo a los pobres.

Así que se dirigió al anciano y le invitó a entrar con él en su casa. El anciano dijo:

—*“No creo que deba entrar en tu casa. Es peligroso darme cobijo porque soy cristiano y los soldados del gobernador me buscan”.*

Pero Albano vio la frágil figura, los rasgos demacrados del viejo. Era evidente que no había comido durante días, y Albano sintió que no debía abandonar a ese hombre.

Insistió en que debía entrar en la casa, donde le dio comida y bebida y un lugar para descansar su cuerpo agotado.

Al día siguiente Albano habló con el anciano y le dijo:

—*“Te llamas a ti mismo cristiano. He oído antes esa palabra y quiero que me expliques lo que quiere decir”.*

Y el anciano le habló de Jesucristo, el Señor, sobre su vida, muerte y resurrección.

A medida que lo escuchaba, Albano se sintió extrañamente conmovido, todo su corazón le decía que eso era la verdad.

Y le dijo al anciano:

—*“Ahora yo también creo en aquél de quien me has hablado, quiero convertirme en cristiano”.*

Y el anciano le dio gracias a Dios por haberle conducido a aquella casa, y bendijo y bautizó a Albano.

Todavía estaban hablando cuando llamaron a la puerta. Un sirviente entró corriendo a la sala donde estaban Albano y su visitante y le dijo a Albano que los soldados del gobernador estaban esperando fuera y querían registrar la casa buscando a un anciano que había sido visto en esa parte de la ciudad llevando un viejo manto grueso.

Albano reaccionó rápidamente:

—*“¡Rápido, toma mi manto y márchate por la puerta de atrás!”*

El anciano protestó, y dijo:

—*“Si yo huyo tu vida estará en peligro”.*

Pero Albano dijo:

—*“Tu tarea es enseñar a otros tal como me has enseñado a mí. Déjame ahora y déjame servir a nuestro Señor Jesucristo a mi manera”.*

El anciano le bendijo, tomó el manto de Albano y logró huir por la puerta trasera.

Albano tomó el manto gastado y raído que el anciano había dejado y se tapó con él.

Un momento después los soldados del gobernador irrumpieron en la sala. Vieron una figura encapuchada en el viejo manto, arrodillada en oración, lo cogieron y se lo llevaron.

Albano pasó una noche en prisión. A la mañana siguiente fue conducido a la presencia del gobernador que lo reconoció y se enojó mucho de que, con esta artimaña, Albano hubiera ayudado a escapar al anciano.

Y le espetó:

—*“¿Cómo es posible que tú, un hombre de noble familia, un hombre educado en Roma, ayude a escapar a un criminal?”*

Y Albano le respondió:

—“Ese hombre no era un criminal, era un servidor de Cristo, igual que yo”.

El gobernador gritó:

—“¿Tú, un cristiano? Debes de estar loco. Te doy otra oportunidad. Te perdonaré la vida si ofreces un sacrificio a nuestros dioses”.

Albano respondió:

—“No, un cristiano no ofrece sacrificios a los dioses de Roma”.

El gobernador gritó:

—“¡Lleváoslo! ¡Y ajusticiadlo!”

Un oficial y algunos soldados se lo llevaron y lo pasearon por las calles de Verulamium hasta las puertas de la ciudad.

Allí, fuera de la ciudad, le dijeron que se arrodillara.

Luego el oficial le dijo a uno de sus soldados que sacara su espada y le cortara la cabeza a Albano. Pero el soldado dudó. El oficial gritó:

—“¿Qué pasa contigo? ¿Acaso no has oído mi orden?”

El soldado dijo:

—“La he oído, pero no puedo matar a este hombre. Lo conozco de hace muchos años y sé que es un buen hombre y no un criminal”.

El oficial gritó:

—“¡Entonces morirás con él!”

Sacó su espada y se la clavó al soldado antes de decapitar a Albano.

A pesar de esas crueles persecuciones, el cristianismo creció y se extendió tanto en Britania como en Roma, y los cristianos siempre recordaron los nombres de los mártires, los hombres y mujeres que murieron por su fe.

Muchos siglos después se construyó una iglesia en el lugar donde Albano había dado su vida por la fe.

Se convirtió en una gran Abadía y la ciudad de Verulamium hoy en día se llama San Albano.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/13-la-caida-del-imperio-romano/>

Aportación de Hermelinda Delgado